

Terminar con la estrategia que nos desintegra

Roberto J. Pando Abogado, economista y profesor universitario boliviano. Ha sido consultor del PNUD, BID y FAO en varios países. Autor de ensayos sobre planificación, programación integral y evaluación, desarrollo rural y preinversión. Actualmente es Director Internacional del Programa BID-CIP (Centro de Información en Preinversión para América Latina).

La VIII Reunión Ordinaria del Consejo Latinoamericano del SELA aprobó, en agosto de 1982, un documento titulado: "Bases para una Estrategia de Seguridad e Independencia Económica de América Latina". Sobre el particular me permito hacer los siguientes comentarios, a la vez que formular sugerencias y reflexiones.

El origen de este documento surgió de "la Reunión de Representantes de Alto Nivel convocada para considerar las medidas económicas coercitivas que un grupo de países industrializados aplicó contra Argentina" a raíz del conflicto de las Malvinas. Sin embargo, no buscaba encontrar medidas concretas en favor de ese país porque para ello está el Comité de Acción constituido en favor de la República Argentina. En cambio requería:

1. La **formulación y adopción de una estrategia** que permita a América Latina la defensa de su seguridad e independencia económica.
2. La extracción de **consecuencias prácticas** a base del análisis de esta experiencia, para hacer frente a medidas o amenazas de coerción económica.
3. La **ampliación e intensificación del intercambio comercial y la complementación económica** entre los países latinoamericanos y caribeños, en todos aquellos aspectos en donde pudieran reducir su dependencia, impulsar su desarrollo y su integración económica.
4. En consulta con Estados y organismos regionales y subregionales, proponer a la VIII Reunión Ordinaria del Consejo Latinoamericano **las bases y lineamientos de esa estrategia global**.

El documento responde más a "la ampliación e intensificación del intercambio comercial y a la complementación económica". Inclusive guarda un contexto común con otros documentos de organismos internacionales que utilizan esos elementos como diagnóstico meramente descriptivo de una situación.

Habría sido mejor - en consecuencia - mantener el trabajo, con todas sus reticencias, en sus propios moldes de diagnosis y orientado únicamente a una mayor integración y complementación económica comercial, sin darle el rango de "Bases para una Estrategia de Seguridad e Independencia Económica de América Latina", que tendría que ser global y completo. Es más, este documento es de premiosa necesidad para que nuestros países conformen una institucionalidad propia, realista y adecuada.

Sería bien preguntarse por qué el documento tuvo menos alcance y contenido que el mandato, aun cuando hubiese conservado el gran título. Se encontraría en las respuestas una serie de razones políticas, técnicas, económicas, institucionales e internacionales reales, disminuidas o perdidas en apariencias. Quizás también estas últimas fueron más allá de las posibilidades ciertas y de sus "consecuencias prácticas". Finalmente, acaso sea una nueva muestra de una unidad eventual por un gran motivo, que luego presenta una vieja dispersión por pequeños y parcelados propósitos que, en el fondo, reflejan el descuido de una gran causa. Tal vez no se tuvieron respuestas adecuadas a "las consultas con Estados y organismos regionales".

América Latina no existe como unidad

América Latina, siendo una realidad, como unidad, no existe. Lo que hay son países latinoamericanos. Los centros industrializados no van a conformar América Latina. Al contrario, les conviene mantenernos divididos multinacionalmente. Los latinoamericanos comprometidos con esta dispersión dieron paso a la desintegración y no ayudaron a construir América Latina, ni contribuyeron a su unidad.

Las Malvinas, con todos sus errores diplomáticos y militares, constituyeron un acontecimiento histórico de tal trascendencia, que sirvió para que se desmoronaran esquemas que figuraban como fórmulas inamovibles de la aritmética mundial o entre los mitos internacionales. Así podría hablarse de relaciones interamericanas o de factores norteamericano-caribeño-latinoamericanos; también y con facilidad de Américas-Occidente; así como de Latinoamérica como "patio trasero" de los EEUU; fuera de aquello de "buena vecindad" pero con un "gran garrote" y de "América para los Americanos"; insurgiendo más bien - gracias a las Malvinas - la voz de "Latinoamérica para los Latinoamericanos". Inclusive existe ahora en la Argentina plena conciencia de que no son europeos y que tienen que ser como Sábato les dice: "Seamos nosotros mismos". Las fórmulas y las matemáticas internacionales existen, pero siempre en mutación, con incógnitas, sorpresas y con factores que juegan a una o a varias relaciones contradictorias como es el caso de EEUU antes, durante y después de las Malvinas.

Se desmoronó el TIAR elaborado en previsión de las acciones de la URSS, pero no para ser dirigido contra Inglaterra y menos aún con EEUU como parte interesada. Los procesos políticos militares se erosionaron. Bolivia - post Malvinas - logró un proceso cívico-político exitoso y ejemplar en la restauración institucional, pero que hoy se encuentra flanqueado por la crisis financiera internacional y por sus contradicciones internas sin resolver. Centroamérica está ahora lejos de las soluciones puramente militares. Aspira que la dejen realizar sus procesos de transformación o de revolución nacional, por ellos mismos, sin interferencias de las superpotencias mundiales. Quizás Polonia, que efectuará ahora un proceso diferente para todas las partes en pugna, tenga algo que ver en los valores interrelacionados con América Central. España revisa su posición ante la OTAN. La Antártida, las Malvinas, la Isla Ascensión, Argentina, Chile, Brasil, Inglaterra, EEUU, Rusia y Europa tienen elementos que reformular en relación al Atlántico Sur. Argentina y Latinoamérica, perdiendo hoy, ganan en proyección real. Argentina, estancada por razones políticas, resolverá su estancamiento y mañana la soberanía de sus islas.

Las posiciones y votaciones expuestas, formalizadas en el caso Argentina-Inglaterra, demuestran que se tiene que reformular el concepto Región. El Caribe de lengua inglesa juega un rol subregional distinto porque tiene dependencias diferentes. El Caribe de habla hispana y América Latina de habla ibérica son otra diversidad. EEUU tiene intereses y aliados mundiales que significan otra dimensión y acción. Tendría que conformarse un sistema interamericano con replanteos de corrección. América Latina y ambos Caribes deben tener mecanismos que los diferencie y unifique. Las subregiones tendrían que disponer del instrumento de diálogo regional común con EEUU y Canadá. Si bien existen demoras, no se pueden apurar gestiones. El ambiente político hoy no es el más apropiado. El SELA como está conformado y en las circunstancias actuales, puede instrumentar varias ideas y gestiones, pero aún no es el diseño final que tendrá el sistema latinoamericano. No es bueno partir de ilusiones, preferible es el realismo y su evolución. La crisis de la OEA no es latinoamericana, es del actual sistema interamericano. Debe preocupar el actual SELA y en especial sus proyecciones, para cristalizar los anhelos de voluntad común y ser América Latina.

La CEPAL, que cumplió un rol admirable en el diagnóstico regional de los años 60, debe encontrar el nuevo papel que hace tanta falta y tendría que ser parte del nuevo sistema a establecerse en el futuro, vinculada a las demás comisiones regionales en especial del Asia y Africa, continente este último que se entrelazó con nosotros en la conquista y en la colonia, y en nuestro mismo desempeño de dominados y discriminados.

Las "Bases para nuestra Estrategia" deben ser complementadas. Precisan nivel, consenso y respaldo político permanente, no circunstancial. Para llegar a la unidad integrada, tal vez se tenga que hacer lo contrario de lo que se ha venido haciendo "nacionalmente" y que ha llevado a la América Latina a tener una

"unidad" desintegrada. Acaso las descripciones comunes y aceptables internacionalmente para una diagnosis, estén llevando a asentar aún más la situación que se quiere corregir. Sería saludable partir de la realidad de dependencias desiguales y de unidad aparente con división real, y examinar cuáles son los elementos y factores integradores y desintegradores. La misma seguridad y defensa, así como sus instrumentos armados, están conformados para una realidad vigente que no es la América Latina aún inexistente.

Hay que romper el desequilibrio estructural

No es necesario tratar de "buscar un equilibrio en las relaciones con los países desarrollados", se ha probado que no existe. Es indispensable revisar la tesis de la economía del desarrollo y del subdesarrollo capitalista. Este último sólo alcanza crecimiento y modernización. Para salir del subdesarrollo al desarrollo habría que quebrar estructuras, o sea el reticente "desequilibrio estructural". En la misma forma, para que las áreas y poblaciones periféricas y marginales internas lleguen al nivel de subdesarrollo de los sectores y regiones en modernización, se tendrían también que superar las estructuras que las hacen periféricas o marginales, es decir, resolver política y económicamente la discriminación, la dependencia o la dominación internas.

En resumen, debería terminarse con la estrategia que nos desintegra. No con espejismos, ni acciones incompletas; con realismo. Sin desesperación, pero sin pausa. Sin precipitación ni improvisación. Con respaldo político y coherencia. No se debe reducir la causa de América Latina a meras declaraciones generales y a slogans centenarios.

En verdad los países industrializados que, además han conformado un centro de poder mundial denominado "Occidente", aunque parte de él sean Israel, Australia, Japón, Indonesia y otros países, tienen una clara estrategia para integrarse, a veces con acciones tácticas diversas, dando paso a otras razones pero que no distorsionan el esquema principal. En cambio, los latinoamericanos no hemos podido abandonar o cambiar los esquemas que nos desintegran, incluso se han instalado formas de integración sobre estructuras de dependencia, sin añadir elementos que, cuando menos, las neutralicen; por el contrario, se agregaron aspectos conflictivos o competitivos que dependen muchas veces de factores no controlables por los propios latinoamericanos.

Los mismos centros industrializados integrados - aunque no a plenitud - han normado y establecido procedimientos para resolver problemas circunstanciales sobre producción, productos, mercados, técnicas de intercambio, tecnología, etc., en esta forma están logrando inclusive reglamentar su competencia en lo que podrían ser intereses contrapuestos.

Contemporáneamente han logrado asentar su soberanía, sin embargo, en forma clara establecen y separan los elementos políticos de ella y los económicos, financieros y tecnológicos que la limitan, en los cuales se compensan o comparte.

Asimismo, disponen de instrumentos integradores de diferente naturaleza: financiera, económica, comercial, tecnológica, etc. Inclusive las transnacionales europeas o de los EEUU son líneas de acción horizontal que atraviesan e interrelacionan predominantemente las formaciones localistas, chauvinistas o nacionalistas. Así, mientras América Latina estuvo edificando "desarrollos nacionales" competitivos, ellas los han "integrado" sin problemas basándose en su industria, producción y tecnología, en suma a la dependencia.

Tienen avances en diversas organizaciones de consulta o decisión en materia política, económica, comercial, etc.; inclusive en el aspecto bélico. Así en dimensión mundial tienen a la OTAN principalmente. En parangón con el Pacto de Varsovia. En los aspectos políticos y mercantiles están el COMECON y sus derivaciones, como existe la CEE, el Club de Roma, la Reunión de los Nueve, la OCDE, etc.

Dentro del aspecto militar regional surge una diferencia fundamental que, incluso ha llegado a cambiar el rol de las fuerzas armadas de América Latina, después de la Segunda Guerra Mundial (1939-45). Desde entonces el peligro bélico adquirió una connotación realmente mundial y, en términos cualitativos pasó a ser de carácter nuclear y de gran tecnología electrónica. Estas dos dimensiones conformaron en lo castrense dos estructuras: a) las de aquellas fuerzas armadas que podían decidir el conflicto mundial participando en él y b) las que en el mejor de los casos podían ser apoyo o encargarse de cuidar "el orden y la seguridad internas", así como la subversión insurgente en sus propios países (Tercer Mundo), con lo cual no sólo se les acentuó el contexto de ser grupos de poder actuante y activo, sino que se les abrió más las puertas del poder político, de participación, consulta, distribución de beneficios, etc. Las instituciones armadas quedaron interamericanizadas, mas no latinoamericanizadas. Se integraron para el nuevo rol, pero no para el suyo propio que les corresponde dentro de su campo de especialización profesional. Su mayor o menor uso interamericano occidental estuvo dado por su grado de nacionalismo o de soberanía menos restringida, a tal punto que no se puede estructurar algo plenamente independiente, más aún si nuestros países son importadores natos de tecnología especialmente bélica. Las Malvinas lo han probado y con relación a varios centros de poder.

No se podría hablar o escribir sobre una estrategia de Latinoamérica, sin examinar el rol de las fuerzas armadas nacionales y su integración al servicio de Latinoamérica, y sin desconocer las acciones que puedan mover en el campo armado los dos centros mundiales de poder.

No se debe olvidar que las fuerzas armadas nos pueden integrar o desintegrar, liberar u oprimir. Por tanto, es inconveniente ignorarlas en una integración; deben participar. Son también líneas horizontales que cortan las parcelaciones verticales divididas en esta "balcanización latinoamericana" que se ha conformado dejando atrás el sueño de nuestros libertadores que lucharon armados y con respaldo civil. Entonces, el proyecto nacional de todos fue la liberación del yugo colonial y lo consiguieron.

Por una nueva estrategia regional

Una estrategia realmente latinoamericana, también sería superar los estancados esquemas de Cancillería con los que seguiremos naciendo, creciendo y muriendo los latinoamericanos. Las actuales y futuras generaciones deben llegar a un consenso de nuevas ideas que superen esos moldes en los que se han detenido los problemas. Estos existen para ser resueltos, no para vivirlos indefinidamente. Si países con extensiones enormes de costas como Chile y Perú han podido elaborar la mediterraneidad boliviana, lógico es pensar que la puedan resolver. Si Ecuador forma parte de la Amazonia, ¿por qué no hacer que un acceso real le permita el cumplimiento de su anhelo de ser prácticamente país amazónico? Además, reconociendo que aportó a esa realidad geográfica. Igual podríamos decir de los problemas binacionales existentes en Colombia, Venezuela, Guyana, Centroamérica, Chile, Argentina, etc., y ni que decir de los enclaves coloniales.

Deben establecerse nuevas formas de pensar. Los latinoamericanos están adiestrados para la dispersión y división. Deben prepararse para la unidad e integración. ¿Por qué ejercer predominantemente una actitud conflictiva? ¿Por qué no elegir la voluntad negociadora y solucionadora de controversias? Pensamos que al fin y al cabo esos problemas dejados sin solución son "administrados" por los "máximos comunes divisores" de los centros industrializados para evitar nuestra unidad (no digamos nuestra integración en esta aritmética simple, antigua y eficaz en la que tienen experiencia de siglos).

El gran proyecto nacional de la independencia iberoamericana fue conseguido por los libertadores. Actuaron ejércitos unidos provenientes de conformaciones "nacionales" diferentes; también luchadores políticos, religiosos, nativos, indígenas; en suma, los pueblos oprimidos. Fue obtenido en batallas, guerrillas, guerras, luchas intelectuales e ideológicas. Ahora está ocurriendo otro tanto aunque con variables de las nuevas realidades.

De este modo, innovados trámites, gestiones, intermediarios, líderes y gobernantes, tienen hoy día una situación distinta: dos poderes mundiales que fueron hegemónicos y que cada día dejan de serlo. Contemporáneas modificaciones reales cambian el panorama dinámico y dialéctico. Nuevas contradicciones se producen en las superpotencias. Los destinos nacionales y regionales, hoy tienen que adoptar actualizados diagnósticos y renovadas

enseñanzas. Las fuerzas oprimidas, aunque más modernas, siguen siendo tales. Sin embargo, América Latina ha creado una importante infraestructura política de países con diferente grado de desarrollo económico, pero también con dependencias desiguales, por tanto con posibilidades de formas de liberación diversas y distintas, hecho que viene aconteciendo y que permite realizar una novedosa praxis.

En una nueva estrategia regional latinoamericana, Argentina, Brasil y México tendrían que jugar otro rol. No se podrá seguir una política significativa en relación a la dependencia si estos tres países no se articulan entre si y con los demás del área, en los aspectos económicos, financieros, tecnológicos, militares y políticos. Es decir, en aquellos mismos factores en que los países industrializados desestabilizaron permanentemente a la América Latina.

Muchas veces bastaron los financiamientos concertados con determinismos estratégicos para desviar procesos. Como en otras tantas, bloqueos internacionales derrocaron gobiernos. Formaban parte de estos hechos financiadores transnacionales y hasta hubo acciones militares e invasiones realizadas siempre a nombre de la hermandad regional o de frases generalizadas.

Argentina, Brasil y México, países claves

Una estrategia latinoamericana no podrá hacerse sin el concurso renovado e imaginativo de Argentina, Brasil y México, quienes tendrían que articular acciones claves con los países de bajos ingresos, de ingresos intermedios, así como con las subregiones del Caribe y Latinoamérica, en una relación a nivel mundial con los demás países del Tercer Mundo y definiendo también las políticas que se tendrán que seguir con las superpotencias de los dos campos ideológicos en pugna militar, geopolítica e internacional. Es tal la importancia de esta infraestructura nacional latinoamericana que los centros financieros mundiales han quedado comprometidos significativamente con ella. Adeudan entre los tres países 212.000 millones de dólares de 292.000 millones que es la deuda de toda la región latinoamericana y del Caribe. La deuda externa de todos los países del Tercer Mundo llega a 626.000 millones de dólares. En suma, Argentina, Brasil y México constituyen el 73% de la deuda latinoamericana. Afectan a 37 bancos. Representan entre los tres el 34% de toda la deuda externa del Tercer Mundo. El resto de los países de la región únicamente son el 13%; con lo que toda el área latinoamericana representa el 47% de lo que adeudan los países del Tercer Mundo¹.

El endeudamiento de Brasil significa el 43% de su PIB, de México el 57% y de la Argentina 79%. La crisis ha llevado a comprometer el 66% del PIB regional en la deuda externa, variando sus componentes desde escalas de 191% de Nicaragua;

¹ Datos de CEPAL a diciembre de 1982.

122% de Costa Rica; 120% de Bolivia; 98% de Chile; 76% de Ecuador; 60% Panamá; 49% Venezuela; 29% Paraguay; 25% Colombia; 13% Guatemala. Habría que indicar también que a excepción de Brasil, Colombia, Ecuador, Panamá, Perú y República Dominicana, todos los demás países latinoamericanos tienen sus PIB negativos. El PIB de la región descendió en un 13%².

En materia de inflación, Bolivia llega al 207.4%; Argentina a un 204.6%; Costa Rica 100.6%; México 84.6%; Perú 71%; Ecuador 24.4%; Venezuela 9.1%; Panamá 3.9%, y Guatemala 0.6% negativo³.

Este espectro demuestra el potencial de Argentina, Brasil y México, no obstante sus dificultades. Razones políticas serían suficientes para evitar que los centros financieros tomaran medidas contra ellos. Se perjudicarían llevándolos a un colapso. De otro lado, demuestra la unidad de problemas comunes o similares y la dispersión de soluciones o de rangos cuantitativos para acometerlas. Todo esto lleva a deducir como recomendación, que se pueden negociar y obtener en conjunto, o con portavoces únicos, nuevas políticas de financiación, refinanciamiento, amortizaciones, respaldos monetarios, etc., con lo cual se podrían beneficiar todos los países de la región y con relación a ambos campos mundiales de enfrentamiento.

Como consecuencia, brota la necesidad de elaborar para todos los ámbitos de las relaciones e interrelaciones latinoamericanas una estrategia Sur-Sur operativa, clara y solidaria. Así se podría continuar el indefinido y permanente dialogo Norte-Sur, pero avanzando regionalmente, coordinando e integrando acciones, dentro y fuera de nuestra propia área. Para la mayoría de las conformaciones nacionales, Argentina, Brasil, México y otros países, en campos especializados dada la vocación de su desarrollo, pueden constituir un "Norte" de apoyo, técnico, tecnológico y de cooperación en la nueva praxis. En una estrategia Sur-Sur todos los países grandes, medianos y pequeños, en su nivel de desarrollo, tendrían su papel a desempeñar en una actualizada estrategia de integración.

Por tanto, considero que se pierde tiempo en "buscar un equilibrio en las relaciones con los países desarrollados". No existe. Es desequilibrio total. En cambio, se debería **buscar un equilibrio en el desequilibrio latinoamericano porque estamos en la misma estructura de dependencia y de subdesarrollo, pero con dependencias desiguales**. Así se terminaría progresivamente la estrategia de desintegración que aplican a Latinoamérica y se iniciaría la estrategia de integración y complementación que se precisa en forma indispensable para liberarnos.

Si Latinoamérica se convierte en proyecto nacional y las instituciones civiles, militares, financieras, económicas, técnicas, tecnológicas y administrativas, se

² Ib.

³ Ib.

orientan estratégica y tácticamente hacia ello, se obtendrá el objetivo de la gran causa.

Escasos procesos políticos se consolidaron y terminaron creando sistemas operantes de poder, con representatividad social y democrática, que les ha dado permanencia y a la vez permitido resolver esa inestabilidad política arraigada en Latinoamérica. Varias de sus causas vigentes hoy en día desaparecerían con la nueva estrategia de liberación e independencia. Estructuras internas de desequilibrios constantes podrían ser modificadas positivamente. Desestabilizaciones de origen externo podrían ser neutralizadas, porque se tendrían que diseñar los mecanismos políticos de autodefensa, defensa solidaria y compartida, para evitar las tradicionales maniobras internas que en forma periódica y permanente han institucionalizado la inestabilidad. En igual forma que pueden darse, a consecuencia de cambios en el manejo político, en el centro industrializado dominante.

Resulta una afirmación común decir que EEUU, por ejemplo, muchas veces tiene cuatro políticas con relación a la América Latina o a algún país específicamente: la de la Casa Blanca; del Congreso; del Departamento de Estado y del Pentágono. Pocas veces existió un acuerdo pleno entre todas estas entidades. Se dio inclusive un período de escalada en la mecánica del golpe de Estado, cuando desde el Pentágono se manejó a varias de las fuerzas armadas nacionales, como si fueran piezas de una transnacional formal. En Nicaragua se dio el caso de ayudar a la dictadura a nombre de la democracia, para luego coadyuvar a derrocarla. Ahora, parece que extrañaran al mismo Somoza que ayudaron a derribar.

Es significativa la anécdota surgida entre un diplomático río platense y otro de Gran Bretaña, cuando el tema en intercambio de ideas era la ponderación de la estabilidad política frente a la inestabilidad. Se llegó a la tesis que España y Portugal y, por tanto, Iberoamérica, eran la causa del problema. Como argumento final el británico le preguntó a su interlocutor "¿Por qué cree entonces que no se dan golpes en los Estados Unidos?". El diplomático argentino, educado en Inglaterra, le respondió: "Porque en Washington D.C. no existe Embajada de los Estados Unidos".

En verdad, los Estados Unidos han promovido dictaduras, golpes de Estado, contrarrevoluciones y hasta elecciones. Tal inestabilidad política e institucional agudizó la nuestra.

Mecanismos de compensación

Sin duda alguna, la nueva estrategia instalará una serie de mecanismos innovados para consultas, determinaciones políticas, comerciales, económicas, financieras, tecnológicas, etc. En este aspecto se podría incursionar en un campo

amplio que tendría que abarcar una institucionalidad completa y diversa, que demandaría un espacio más extenso que el de este comentario.

Unicamente en forma indicativa, me referiré a uno de sentido práctico y otro de uso múltiple, estratégico, táctico, defensivo y agresivo en que debería pensarse.

El primero sería una especie de **Bolsa Latinoamericana de Alimentos y Artículos Esenciales**, podría iniciarse con la administración de excedentes alimentarios, que pueden orientarse a cubrir los déficit periódicos o de emergencia en favor de otros países en los mismos rubros, lo que daría lugar al surgimiento de créditos automáticos entre los que intercambian, para ser compensados preferentemente con otros productos. Se podría llegar a diversificar este instrumento, de tal manera que inclusive alcanzase a comprender medicinas, vacunas, determinadas materias primas o productos intermedios, etc.

Además del aspecto de intercambio, podría crearse un Fondo con varias fuentes de financiación para cooperar a los países que pueden autoabastecerse o que precisamente por haber aceptado ayudas internacionales con determinismos económicos, llegaron a disminuir su producción con relación a escalas históricas anteriores, que es el caso de América Latina, con referencia a trigo, legumbres, lácteos, arroz, cereales, aceites, vegetales, carnes vacuna y ovina, determinados pescados y mariscos, etc., a fin de poder encarar programas que solucionen progresivamente esa descomposición regional.

El segundo mecanismo podría alcanzar otra escala, la de los productos básicos a nivel del Tercer Mundo, como un mecanismo supranacional, en el que se involucre a determinadas materias primas estratégicas y complementarias, para que en el caso de bajar sus precios remunerativos por influencias y maniobras del mercado internacional, el mecanismo pudiera ayudar compensatoriamente o con créditos al país o países agredidos y, al mismo tiempo, pudiese adoptar medidas de elevación de precios en otros rubros, formación de reservas estratégicas; retención de producción sin perjuicio financiero inmediato para el productor; garantías paralelas en términos de productos de intercambio futuro o de avales de países interesados y otras figuras que se pueden incorporar. Si se tiene en cuenta que de los 626.000 millones adeudados por el Tercer Mundo, 106.000 millones corresponden a los países petroleros y 520.000 a los demás, se puede medir la importancia que tendría la vinculación de la OPEP, por ejemplo, con el mecanismo que se explica en forma básica.

En materia financiera, los países árabes y petroleros, aún no están explorando las posibilidades de vinculación e interrelación real con una nueva estrategia del tipo descrito en Asia, Africa y América Latina. Un diálogo Norte-Sur sería más fácil entre los centros industrializados con los centros de materias primas, debidamente organizados. Más aún una estrategia Sur-Sur.

Finalmente, quiero decir que si en todas las acciones nacionales y conjuntas de los países de la región, se orientara el qué hacer bajo la filosofía de **terminar con la estrategia que desintegra a nuestra América Latina e iniciar la estrategia que la integra**, se avanzará, con certeza.